

del 68” – más destacados de la crítica española reciente, y sus numerosas y brillantes publicaciones que le acreditan, han venido, como ésta, a resituar el marco de las revistas poéticas comprendidas entre 1939 y 1975. Este amplio marco (dinámico, por lo que todavía queda por indagar), que tan bien atendiera Fanny Rubio en su ya clásico trabajo *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, reeditado no hace mucho, por cierto, por la Universidad de Alicante, y que sigue siendo el catálogo más completo y el manual más manejable, preciso y orientativo, necesita sin embargo de un análisis más pormenorizado, una especie de parcelación que posibilite la profundización en el estudio de las revistas más por lo menudo, una a una. Incidiendo en lo ya expuesto, pero con palabras del propio Lanz: “En este sentido, el periodo que se inicia en torno a 1962 con la crisis de la estética social y que concluye aproximadamente con la muerte de Franco y la restauración democrática, resulta un hervidero de corrientes y tendencias dentro de la poesía juvenil en torno a la denominada Generación del 68. Un análisis atento de los diversos proyectos y publicaciones poéticas del momento revelan a la mirada atenta un periodo menos monolítico que lo que la generalización del marbete “novísimos” permita quizás entrever” (31). Y es que esta última afirmación, lejos de ser exagerada, viene a poner la alarma en un aspecto muy destacado de nuestra última historiografía literaria, aún por escribir: “La antología de Castellet vino, en cierto modo, a reducir la pluralidad de tendencias alcanzadas en la joven poesía en los años inmediatamente anteriores a unas pocas líneas poéticas allí presentadas” (34). Y es aquí, y por ello, entonces, cuando cobra total interés y oportunidad este volumen, de más de cuatrocientas cincuenta páginas, que viene a diseccionar ese proyecto que fue la revista leonesa *Claraboya*, sus propuestas teórico-estéticas, analizando las poéticas y los poemas de los autores que aparecieron en sus páginas y las relaciones con otros colectivos o poetas, con la editorial El Bardo, tan influyente y a la vanguardia, por aquellos años; y en general sus estribaciones a lo largo de la década de los setenta, haciendo un balance final de todo lo que significó este *episodio fundamental*. Completa el volumen un índice detallado de la revista en las tres etapas por las que atravesó, y una amplia y estu-penda antología de los poemas que aparecieron en la revista, más los que se editaron luego aparte en recopilaciones posteriores.

Juan Carlos Abril
Universidad de Granada

VANDEBOSCH, Dagmar. *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia: la ensayística de Gregorio Marañón en la entreguerra española*. Ginebra: Librairie Droz, 2006. 296 pp. (ISBN: 90-7048916-8).

El ensayo, como género bisagra entre la historia y la reflexión, cruce entre teoría y praxis (“literatura funcional” la llamaba José de Onís), ha privilegiado el contenido sobre la forma y la misión ética del autor sobre cualquier consideración estética. Su

natural polisemia propicia incursiones no sistemáticas en temas filosóficos, moralizantes e incluso metafísicos y cubre un espectro que puede ir del ensayo formal – histórico, sociológico, científico, crítico, literario– al más informal, impresionista y periodístico, según el énfasis que se le da a uno u otro. Género *camaleónico* (Juan Marichal hablaba de su “libertad camaleónica”), el ensayo tiende a adoptar la forma que le conviene, como parte de una búsqueda experimental de un compromiso entre análisis e intuición, lenguaje expositivo y metafórico y entre conocimiento objetivo y percepción íntima, porque “hay mil maneras de escribir un ensayo y todas ellas son correctas” (José Emilio Pacheco).

Género híbrido y polimorfo, el ensayo se vincula a períodos de crisis, cambio y relativismo, más que a épocas dominadas por sistemas no cuestionados, tanto estéticos como ideológicos. Tradicionalmente considerado como el más representativo e idóneo para reflejar la plural y compleja realidad española –sobre todo a partir de fines del siglo XIX y hasta bien prolongado el XX– el ensayo ha desconcertado a la crítica por ese “desorden sistemático” que tanto seducía a Ángel Ganivet.

En este contexto, tan amplio como indefinido, se sitúa la obra ensayística de Gregorio Marañón a la que ha consagrado su tesis doctoral la profesora belga Dagmar Vandebosch, dirigida por el profesor Patrick Collard de la Universidad de Gante y que ha publicado la Colección Romanica Gandensia que edita la Librería Droz de Ginebra.

Vandebosch parte de la base que tanto la figura como la obra de Gregorio Marañón han sido poco estudiadas y, cuando lo han sido, se limitan a algún aspecto restringido de su vida o a un tema específico de su vasta actividad como publicista. Por ello, propone abordar la ensayística del reconocido endocrinólogo en su diversidad, centrándose en las interacciones entre las dimensiones científica, social, crítico-literaria e historiográfica del conjunto de su obra. Con un riguroso aparato teórico analiza la polifonía *intertextual* (voces ajenas introducidas en el discurso bajo forma de citas o referencias que confirman, completan o cuestionan el discurso central) y la *intratextual*, esa “pluralidad del yo” que se manifiesta en discursos múltiples y simultáneos, pero, sobre todo, subraya la naturaleza “conversacional” y el género dialogal a través del cual se expresa. Vandebosch define el género que practica Marañón como *dialógico*, donde los lenguajes literario y científico interactúan en permanencia y donde el fondo temático antropológico se expresa con un lenguaje transparente. La autora de *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia* concluye que Marañón hizo de su interés por saber y divulgar, una auténtica voluntad de estilo.

A diferencia de los integrantes de la Generación del 98, cuya ensayística se vincula al período de crisis vivido y está, por lo tanto, transida de emociones complejas sobre la circunstancia española, la obra de Marañón –integrante de una generación posterior, la del 14– vincula estrechamente ciencia y ética y deriva, a lo largo de los años, del discurso científico inicial hacia formas más literarias, lindantes con la historiografía, aunque regidas por una vocación didáctica. Mientras unos –como Unamuno– en el 98 siembran inquietudes y dudas, otros –como Ortega y Gasset y el

propio Marañón— sintetizan conceptos y tratan de incidir en forma programática en la realidad española.

Como género culto pero asequible, vinculado con la ciencia, la literatura y el periodismo, el ensayo es para Marañón un excelente vehículo para conocer y mostrar la realidad social, política, cultural y económica de su época y llevar a cabo el proyecto modernizador de su generación. Más que provocadora o crítica su ensayística tiene una manifiesta intensidad docente, una vocación pedagógica social para la cual asume formas literarias, buscando la complicidad del lector y proyectándose como medio eficaz (por no decir operativo) de conocimiento.

De acuerdo al distingo de Marc Angenot —que Vandebosch hace suyo en su “tipología de los discursos modernos”— Marañón escribe un ensayo de tipo cognitivo cuya forma textual es el diagnóstico, didáctico y esforzadamente objetivante, mientras Unamuno lo hace como ensayo meditativo, cuya forma textual es subjetiva, disgresiva, crítica y polémica, lo que él mismo llamaba “sentir la idea y pensar el sentimiento”.

Marañón aleja el ensayo de la creación ficcional, para acercarlo a la ciencia. El ensayista —sostenía— cumple una tarea de disección “fibra a fibra” de ideas, instintos o móviles secretos, “sobre el mármol terso de una literatura breve y clara”. Sin embargo, su visión —aunque didáctica, moralizante, heterodoxa, ingeniosa, intuitiva, paradójica o irónica— no se presenta como una verdad absoluta, resultado de una investigación o un descubrimiento, sino guiada por un deseo de autenticidad basado en la persuasión lógica o estética que avanza por asociaciones e intuiciones y donde se impone la sensibilidad del autor. En cierto modo parece compartir la recurrida cita de Ortega y Gasset: “el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita”.

Marañón empieza colaborando en el periódico de su suegro, *El Liberal*, alrededor de 1920, en el mismo período que pronuncia sus primeras conferencias dedicadas al papel social de la mujer. Su tono dirigido a no especialistas y su capacidad de denuncia, como los artículos que consagra a la deplorable situación sanitaria de Las Hurdes, lo convierten, desde sus inicios, en un crítico que es objeto de la represión de la dictadura de Primo de Rivera. En junio de 1926 es condenado a un mes de cárcel.

Su intensa actividad médica como endocrinólogo y su indudable capacidad literaria le permiten conciliar en obras de indudable amenidad la personalidad sexual de personajes como Enrique IV, el Conde-Duque de Olivares, Amiel (ya adelantada en una monografía de 1932), Antonio Pérez, con la medicina divulgativa. Las psicobiografías que escribe en París donde se instala apenas empieza la Guerra Civil circulan ampliamente en España, especialmente *Don Juan* (1940) que le otorgaría tanta fama como popularidad. Desde el exilio escribe también artículos contra el bando republicano, al que ve como instrumentado por el comunismo. Para contrarrestarlo reivindica un espacio liberal dentro del bando de los insurrectos y afirma que “la fórmula anticomunista no es necesariamente fascista”. En sus columnas está convencido que una “tercera España” es posible sobre los dos bandos enfrentados.

A su regreso a Madrid a finales de 1942, Marañón busca reintegrarse a su actividad docente universitaria y profesional en el Hospital Provincial, repitiendo en su lección inaugural del curso de Endocrinología la famosa frase de Fray Luis de León: “decíamos ayer”. Reivindica en sus ensayos el postergado liberalismo y un humanismo de raíz ética, especialmente en *Ensayos liberales* (1946), al que define como “estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo”. Una tarea que no resulta nada fácil en la España de la época.

Su preocupación social se basa en la experiencia clínica y su interés como investigador en la sexología lo convierten en un adelantado no sólo de temas hasta entonces no abordados, sino de un género nuevo en España: el ensayo científico divulgado en forma periodística. Dagmar Vandebosch distingue el ensayo científico del artículo científico (forma de expresión preferente de la cinética enciclopédica o institucionalizada) en tanto el primero se caracteriza por su función sociocultural, su accesibilidad a un vasto público no profesional gracias a su intención vulgarizadora y su preocupación humanista. Marañón es esencialmente un divulgador científico y un moralizador de temas que rebasan la dimensión técnica del especialista, sostiene Vandebosch. Con la elegancia del *essai savant* con que los franceses definen el género, el autor de *Sobre la edad y la emoción* (1921) se preocupa por la “visión humana del enfermo”.

La profunda vocación social de Marañón, aunque integre aspectos emotivos, éticos, ideológicos, armonizados conceptualmente con notas filosóficas, se plasma en “ensayos prácticos” e instrumentales. Ello no le impide reflexionar sobre la relación entre ciencia y literatura que entiende “en términos de fondo y forma” y donde “el aspecto literario del género está en el carácter no especializado del lenguaje ensayístico”, concepción funcional al modo de la propuesta por Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote*: “la forma es el órgano y el fondo la función que lo va creando”. El propio Gregorio Marañón define al ensayo como un “género anfibio” en “Carta sobre la novela y el ensayo”: “Lo que da su silueta a este género, es la mezcla hábil del elemento literario y del elemento científico. Es un género anfibio, que pueden gustar los no especializados en el tema que se desarrolla, por su pergeño agradable y exento de rigurosos tecnicismos”.

Personaje controvertido en su época, algo marginado las últimas décadas, Gregorio Marañón recupera gracias al estudio de Dagmar Vandebosch, su verdadera dimensión de pionero en temas tabú en la época –la dimensión social de la sexualidad, la edad crítica y el climaterio, la condición masculina y femenina– y de ensayista capaz de revivir a complejos personajes históricos. Que tras la lectura de *Y no con el lenguaje preciso de la ciencia*, den ganas de leer (o releer) las olvidadas páginas sobre Don Juan, Amiel o el Greco, ya es mérito suficiente que no todas las tesis doctorales poseen.

Fernando Aínsa
Universidad de Navarra